

El caballero de Boufflers y su sueño de huida social a través de *L'Heureux accident, conte* (1807) y *Ab! si..., nouvelle allemande* (1810)

Antonio José de Vicente-Yagüe Jara

Universidad de Murcia

ajvicenteyague@um.es

Résumé

En 1807, Boufflers fit publier le conte *L'Heureux accident* dans le *Mercur de France*, sous forme de feuilleton, et, en 1810, parut *Ab! si...* dans un recueil composé de trois contes du même auteur: *Le Derviche, conte oriental, suivi de Tamara, ou Le lac des pénitents, nouvelle indienne, et de Ab! si..., nouvelle allemande*. Ces contes moraux, écrits pendant la première décennie du XIX^e siècle, exposent les convictions conservatrices de Boufflers dans les dernières années de sa vie. Ils illustrent le désir intime de Boufflers de se retirer de la société qui le déçoit et de trouver au sein de la famille un refuge où l'individu peut jouir en paix du bonheur, de l'amour et de l'amitié partagés.

Mots-clé: Boufflers; conte; nouvelle; morale; corruption; fuite sociale.

Abstract

In 1807 Boufflers published the tale *L'Heureux accident* as a serial in the magazine *Mercur de France*, and in 1810 *Ab! si...* was published in a collection consisting of three tales by the same author: *Le Derviche, conte oriental, suivi de Tamara, ou Le lac des pénitents, nouvelle indienne, et de Ab! si..., nouvelle allemande*. These moral tales, which were written during the first decade of the 19th century, show Boufflers' conservative principles in his last years. They illustrate his intimate wish to retire from a disappointing society and to take shelter in the bosom of the family as a place where the individual may enjoy shared happiness, love and friendship in peace.

Key words: Boufflers; tale; short story; morals; corruption; social escape.

0. Introducción: prensa, literatura y crítica

Durante el Consulado y el Imperio, el papel de la prensa quedó reducido a la más simple expresión¹. El joven general Bonaparte tomó el poder el 9 de noviembre de 1799, con el título de Primer Cónsul, y no tardó en conciliarse con los católicos firmando, en 1801, un Concordato con el papa Pío VII, quien lo consagró Emperador hereditario de los franceses bajo el nombre de Napoleón I, en París, el 2 de diciembre de 1804. Una administración fuertemente centralizada de los departamentos (1800), la puesta en práctica del Código Civil (1804) y la reorganización de la educación superior (1808) constituían lo esencial de una obra de política interior ligada al esfuerzo de la guerra que los franceses debían aceptar, sin interrupción, de 1805 hasta la caída del Imperio (11 de abril de 1814). Con Napoleón en el poder, Francia vivía bajo un régimen despótico. Suprimió, sin ningún tipo de proceso, la mayoría de los periódicos políticos; pero no se quedó ahí, sino que además prohibió la creación de cualquier otro nuevo. Encauzada desde enero de 1800, la prensa quedó reducida a trece títulos. Mutilada de esta manera, la prensa ya no era un poder, y mucho menos un peligro: «les journaux tolérés ne pouvaient guère porter ombrage au premier consul; ils n'auraient osé hasarder un mot qui eût pu lui déplaire, et ce qu'il aurait voulu qu'ils dissent, il leur eût été bien difficile de ne pas le dire» (Hatin, 1967: t. VII, 393).

Bajo la dirección de Fontanes, ministro de Educación Nacional a partir de 1808, el *Mercure de France* tenía como misión contribuir a la restauración moral y religiosa del país (Rey, 1993: 8). El *Mercure* estaba estrechamente ligado al *Journal des Débats*² y combatía la misma causa. Este fue uno de los periodos más brillantes en la larga carrera de este famoso periódico. La literatura ocupaba, en este, la parte más importante; pero también había política. En el *Mercure*, Chateaubriand dio sus primeros pasos, como él mismo afirmó en el prólogo de sus *Mélanges littéraires*:

Lorsque je rentrai en France, en 1800 [...] après une émigration pénible, mon ami M. de Fontanes rédigeait le *Mercure*. Il

¹ El presente trabajo se enmarca en los proyectos de investigación *El relato corto francés del siglo XIX* (FFI2010-19285, del Plan Nacional de I+D del Ministerio de Ciencia e Innovación) y *Formas narrativas breves entre dos siglos. Estudio, recepción y traducción* (11890/PHCS/09, financiado con cargo al Programa de generación de conocimiento científico de excelencia de la Fundación Séneca, Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia).

² El *Journal des Débats*, cuya historia podría resumir la de todo el periodismo en esta época, nació bajo este régimen despótico y creció en medio de estas difíciles circunstancias gracias a las artimañas de sus hábiles y prudentes fundadores, los hermanos Bertin. Estos, conscientes de que un periódico no era posible sino con la condición de poder hablar libremente de algo, se pusieron a hablar de lo único sobre lo que todavía se podía hablar: de literatura, y bajo este refugio dieron a las ideas proscritas un asilo transparente, pero que fue respetado. Al lado del *Moniteur*, periódico oficial del Imperio, el *Journal des Débats* se convertiría en el *Journal de l'Empire* para pasar a ser también portavoz de la ideología imperial.

m'invita à écrire avec lui dans ce journal pour le rétablissement des saines doctrines religieuses et monarchiques. J'acceptai cette invitation avant même d'avoir publié *Atala*, avant d'être connu, car mon *Essai historique* était resté enseveli en Angleterre. Ces combats n'étaient pas sans quelque péril. On ne pouvait alors arriver à la politique que par la littérature; la police de Buonaparte entendait à demi-mot; le donjon de Vincennes, les déserts de la Guyane et la plaine de Grenelle attendaient encore, si besoin était, les écrivains royalistes (apud Hatin, 1967: t.VII, 556).

En el mes de diciembre de 1807, Boufflers publicó el cuento *L'Heureux accident* en el *Mercure de France*³. Por otro lado, la *nouvelle* de Boufflers titulada *Ah! si...* apareció por primera vez en 1810⁴, en una edición colectiva que incluía tres cuentos del mismo autor: *Le Derviche, conte oriental, suivi de Tamara, ou Le lac des pénitents, nouvelle indienne, et de Ah! si..., nouvelle allemande*.

Al igual que sus obras metafísicas y de teoría literaria, la acogida de su obra narrativa por parte de la crítica dejaba mucho que desear. El rechazo de los críticos contemporáneos a Boufflers se hizo notar muy pronto. El *Journal des arts*, en su número 17, del 5 de julio de 1810, consagró un artículo extenso a los tres cuentos que Boufflers había publicado ese mismo año: la crítica anónima felicitaba, en primer lugar, al autor por su conversión, es decir, por su regreso a la literatura imaginativa; pero estas alabanzas dejaban enseguida paso a fuertes críticas sobre el estilo del cuento titulado *Ah! si...*, del cual se realizaba un análisis bastante detallado; al final de este análisis, el autor del artículo ironizaba expresando su pena por no poder llevar a cabo un análisis tan escrupuloso de los otros dos cuentos para no cansar a los lectores (Sokalski, 1995: 95).

La reseña de estos tres cuentos que apareció en el *Mercure*, en julio de 1810 (pp. 93-102), es mucho más elogiosa hacia uno de los suyos, como era de esperar, pues Boufflers era entonces colaborador del periódico. El autor, Victor-Joseph de Jouy, comenzaba proponiendo una poética de la *nouvelle*, para emprender, seguidamente, una defensa del periódico en contra de los redactores anónimos que afirmaban que los cuentos del *Mercure de France* no habían causado sensación. Cada uno de los tres cuentos recibió la atención crítica de Jouy: si *Le Derviche* contenía algunos errores en cuanto a la geografía y el vestuario, su mérito principal se encontraba en la expre-

³ Un primer episodio fue publicado en el número CCCXXXIV del sábado 12 de diciembre (pp. 484-503), y el segundo episodio apareció en el siguiente número, CCCXXXV, el sábado 19 de diciembre (pp. 532-545). En 1808, se publicaría en edición separada.

⁴ Posteriormente, volvería a aparecer en cuatro selecciones de obras o antologías, incluyéndose además, a partir de 1813, en siete ediciones de sus *Œuvres*, completas o escogidas. En 1811, fue traducida al alemán y, en 1926, al inglés.

sión de las figuras, en la gracia de los detalles y en la frescura del colorido; la idea de *Tamara, ou Le lac des pénitents* era ingeniosa, pero quizá un poco forzada, y criticaba el uso de expresiones locales y extrañas; en cuanto a *Ah! si...*, es sobre todo en esta *nouvelle* en donde decía encontrar al autor de *La Reine de Golconde*⁵, con esa gracia picante y esa elocuencia ingeniosa (Sokalski, 1995: 97-98).

La opinión de Octave Uzanne, en su reseña sobre la vida y las obras de Boufflers que precede a la edición de 1878 de sus *Contes*, edición de A. Quantin, no era del todo negativa:

Les autres contes, *Tamara* et *Le Derviche*, conçus et écrits au commencement de ce siècle, ont quelque chose de moins coquet, de moins actilisé; ils sont dans la tonalité grise des œuvres de même provenance et de même milieu. De 1800 à 1810, il fallait écrire des chefs-d'œuvre pour ne pas tomber dans cette petite littérature, morne, terne, *pluvieuse*, pour ainsi dire; tout cela se ressent de l'architecture, du mobilier, des manières d'alors. C'est raide, froid, grêle, indécis, sans couleur ou originalité. Le gracile a tué le gracieux. Le style ne se délicate plus. Dans sa simplesse, il n'est plus dupeur d'oreille, diamanté, expressionné, dorloteur. Il devient inquiet, il raisonne, se douloie et se traîne; c'est un vilain moment de transition: Voltaire vient de se coucher, Byron se lève.

La Nouvelle allemande *Ah! si...* a plus de relief dans le faux brillant de son marivaudage; c'est du Boufflers vieux et caduc, du Céladonisme, mais on y rencontre des éclairs, des retours de verbe folâtre, un ton de bonne compagnie qui séduit, une politesse d'une autre âge. De cette lecture, il reste un tableau charmant gravé dans l'esprit. Mais il ne faut pas absoudre notre conteur d'un défaut qu'on lui reproche, non sans raison: c'est de confondre trop souvent le style écrit avec le style parlé. Il faut croire parfois qu'on l'entend et non pas qu'on le lit (Uzanne, 1878: LXXII-LXXIII).

Como tampoco era negativa la visión de Eugène Asse sobre estos cuentos, que expuso brevemente en su reseña sobre Boufflers y que data también de 1878:

Cependant, avec les années, au peintre d'*Aline*, au chantre du *Cœur*, avait succédé un Boufflers plus grave. C'est alors qu'il écrit les contes du *Derviche*, de *Tamara*, compositions encore très-remarquables, mais qui caractérisent des préoccupations, des visées plus philosophiques (Asse, 1878: XIX-XX).

⁵ Cuento libertino que refleja la mentalidad del joven Boufflers y que podríamos considerar como su obra maestra.

En su artículo «*Ab! si... "Nouvelle allemande" du chevalier de Boufflers*», publicado en el tomo 90 de *Studies on Voltaire and the eighteenth century*, Henry Stavan (1972) hacía un breve análisis de dicho relato, distinguiendo, junto a un desarrollo tradicional, elementos interesantes que mostraban la necesidad de renovación. Se concentraba sobre todo en el aspecto formal del cuento. Señalaba que el decorado alemán había sido creado con cierta ironía: los nombres y las palabras alemanas eran tratados un poco a la ligera, a veces incluso mal escritos, y la geografía era bastante fantástica. Sin embargo, afirmaba que Boufflers se había esforzado en observar las particularidades y el carácter de los alemanes: buenos, flemáticos, leales, hospitalarios, con una buena opinión de ellos mismos, seres ingenuos como los dos personajes principales, sobre todo en lo concerniente al juego del amor. Si el país era descrito como un poco atrasado, no era por maldad sino para reforzar la ironía: Alemania era el país de la sencillez, al contrario de Francia, en donde todo era artificio, insensibilidad e inconstancia. Stavan observaba que, aun manteniendo rasgos tradicionales de la forma de la *nouvelle*, Boufflers insistía en las numerosas escenas dialogadas que asumían así una forma dramática; en esto, seguía los preceptos de Marmontel, que veía en el diálogo la parte más estimulante del texto. Boufflers había conseguido además un distanciamiento irónico sin entregarse a la licencia ni al moralismo. Había escogido un acontecimiento insólito, alejado de lo habitual, pocos personajes de clase media, sino más bien acomodados; había redactado un cuento divertido y alejado de los problemas cotidianos y actuales (Sokalski, 1995: 101).

Los cuentos y *nouvelles* de los últimos años de Boufflers nunca llegaron a conocer la misma importancia crítica que el cuento de su juventud, *La Reine de Golconde*, pero, como hemos visto, no fue del todo desfavorable. Boufflers no fue innovador ni en la elección de temas ni en el aspecto formal de sus cuentos y *nouvelles*. Empleó casi siempre diálogos, procedimiento del que era un maestro indiscutible. Pero, a menudo, repitió los mismos procedimientos de cuento en cuento, de *nouvelle* en *nouvelle*, a veces incluso con demasiada frecuencia. En cuanto a los temas, se complació en evocar la dulce vida anterior a la Revolución y el sueño utópico de la pareja perfecta. Boufflers sabía elegir el momento crucial, ya fuera un accidente de carruaje en *L'Heureux accident* y en *Ab! si...*, un encuentro fortuito con un herido en *L'Œuvre de charité...*, un encuentro entre la inocencia y la astucia en *La Mode*. Así, Alex Sokalski señala que estos últimos cuentos y *nouvelles* son ilustraciones casi perfectas de la poética del cuento enunciada por Jouy en su reseña de 1810, en el *Mercur*, sobre los tres últimos cuentos de Boufflers: «fable simple mais à présentation dramatique, caractères saillants, action claire» (*apud* Sokalski, 1995: 103).

En resumidas cuentas, los relatos de los últimos años de Boufflers son a la vez un recuerdo del pasado pero también una mirada hacia el futuro, pues si la *nouvelle* se convirtió en el siglo XIX en uno de los géneros preferidos de los grandes prosistas fue, sin duda, gracias al trabajo de los predecesores como Boufflers.

1. *L'Heureux accident*, conte: resumen del cuento y esquema actancial

Una tarde que Monsieur Lambert sale a pasear, como de costumbre sumido en sus lecturas y pensamientos, oye gritos y corre hasta el lugar donde se encuentra, en la oscuridad, un cuerpo de hombre inmóvil tendido en el suelo. Pronto se da cuenta de que el individuo no está muerto sino borracho, y lo deja para buscar otros cuerpos. Para alumbrarse, enciende una hoguera con ramas, carbón y la chispa de un disparo de su fusil, que asusta a una mujer, Madame de Saint-Victor, cuyo carruaje acababa de volcar en un accidente ocasionado por la embriaguez del cochero. Monsieur Lambert levanta la calesa, coloca bien los caballos y, dejando al cochero adormecido junto a un riachuelo, conduce hasta la casa de Madame de Saint-Victor, en Tourneval. Como es ya tarde para regresar a Chérazile, donde reside Monsieur Lambert, Madame de Saint-Victor invita a su salvador a quedarse esa noche allí, ofreciéndole la mejor habitación de la casa. Después de cenar y tras un rato de charla, cada uno se retira a su cuarto.

A la mañana siguiente, el cochero, al que habían dejado borracho en el bosque, regresa a casa de Madame de Saint-Victor, quien le impone, como único castigo, ir a Chérazile a por el criado de Monsieur Lambert y a por todo lo que este pueda necesitar durante una larga ausencia. Madame de Saint-Victor insiste, día tras día, en que su invitado permanezca junto a ella; así, se van conociendo más y más, y lo que comienza siendo amistad terminará convirtiéndose en amor. Ella le reprocha su soledad y él le explica que, en otro tiempo y en otro lugar, se dejó llevar por la corrupción de la sociedad.

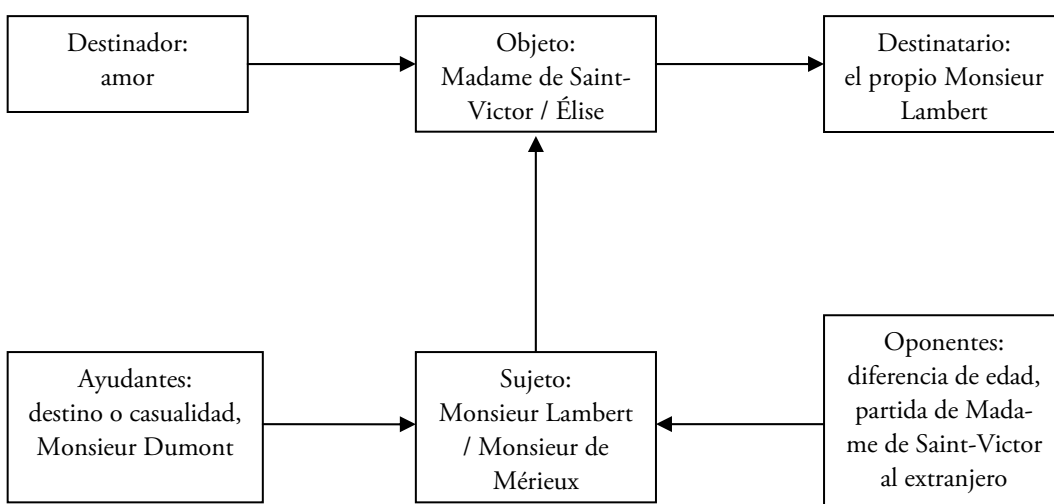
Monsieur Lambert cuenta que conoció, hace treinta años, a una joven de la que se enamoró; ella, que era mucho más joven y más rica que él, se marchó al extranjero. También le cuenta que, en otro tiempo, heredó unas tierras, en donde se propuso construir un *château*, pero una hambruna horrible le obligó a renunciar a su proyecto y a emplear su dinero en alimentar a los habitantes de sus tierras; el agradecimiento de la gente a la que había ayudado no duró mucho, y la generosidad de Monsieur Lambert se volvió pronto contra él. Decidió entonces exiliarse y, a su regreso, diez años más tarde, se encontró con que sus tierras le habían sido arrebatadas, siendo el dueño, en ese instante, Monsieur Dumont, un joven y amable hombre que había construido el *château* ideado y soñado por Monsieur Lambert. Fue el propio Monsieur Dumont el que le contó a Monsieur Lambert cómo había heredado esas tierras de un pariente lejano, quien las habría adquirido legalmente; sin embargo, este pariente se había apropiado de las tierras engañando a los tribunales. Monsieur Dumont desconocía que era el antiguo propietario de las tierras a quien contaba la historia.

A partir de entonces, Monsieur Lambert y Madame de Saint-Victor comienzan a verse con mucha frecuencia. Él decide incluso abrir un camino recto entre su casa y la de Madame de Saint-Victor; Tourneval y Chérazile parecen estar más cerca

que nunca, lo que une más aun a los protagonistas del relato, que descubren que están enamorados.

Un día, Madame de Saint-Victor le entrega a Monsieur Lambert una carta que su hermano ha escrito para este. El hermano de la dama no es otro que Monsieur Dumont, que ha sabido a través de esta que las tierras en donde él vive pertenecen a Monsieur Lambert. Monsieur Dumont, que también ha sido informado de los sentimientos de su hermana y de Monsieur Lambert, le ofrece la mano de esta, que es además aquella de la que se enamoró hace treinta años, cuando no era más que una niña: Élise. Monsieur Lambert, que comprende entonces que por fin va a recuperar sus tierras y su apellido, volviendo a ser Monsieur de Mérieux⁶, además de casarse con la mujer a la que ama y a la que siempre ha amado, se desmaya de la emoción.

He aquí el sistema actancial que proponemos:



Siguiendo el sistema de Greimas basado en las seis funciones actanciales, encontramos, en el cuento de *L'Heureux accident*, un sujeto, Monsieur Lambert/Monsieur de Mérieux, y un objeto, Madame de Saint-Victor/Élise. En un primer momento, la relación entre sujeto y objeto es de disyunción, pues la joven Élise, que era mucho más joven y más rica que él (antes de que este heredara tierras), se marchó al extranjero. Pero después, el sujeto se activa para pasar de la disyunción a la conjunción, convirtiéndose así en sujeto operador, es decir, Monsieur de Mérieux y Élise volverán a coincidir, bajo los nombres de Monsieur Lambert y de Madame de Saint-Victor, se enamorarán de nuevo sin saber que se trata de las mismas personas que conocieron treinta años atrás y, finalmente, con el consentimiento del hermano de ella, se casarán.

⁶ Monsieur Lambert es el nombre con el que se hace llamar Monsieur de Mérieux después de haberse visto despojado de sus tierras.

El destinador, que va a provocar la acción de Monsieur Lambert, es el amor. Este hace que Monsieur Lambert actúe, que, tras ayudar a Madame de Saint-Victor en el accidente y llevarla a su casa, se quede junto a ella día tras día, y que abra un camino recto entre su casa y la de esta para poder estar así más cerca que nunca. En este caso, como en todo relato amoroso, el sujeto y el destinatario se confunden, pues el sujeto desea para sí mismo el objeto de su búsqueda.

El principal ayudante, en este cuento de Boufflers, que va a contribuir a que el sujeto (Monsieur Lambert) llegue a un estado de conjunción con el objeto (Madame de Saint-Victor), es el destino o la casualidad: Madame de Saint-Victor tiene un accidente de carruaje y Monsieur Lambert, que se encuentra paseando cerca del lugar, escucha ruidos y acude a socorrerla; gracias a este acontecimiento, los protagonistas del relato vuelven a encontrarse treinta años después de su separación. Otro ayudante es Monsieur Dumont, hermano de nuestra heroína, que dará el visto bueno ante la unión de los enamorados, además de devolverle a Monsieur Lambert sus tierras. En cuanto a los oponentes, los obstáculos con los que Monsieur Lambert va a encontrarse para conseguir el amor de Madame de Saint-Victor, son la diferencia de edad y la partida de ella al extranjero treinta años atrás.

2. *Ah! si... , nouvelle allemande*: resumen del cuento y esquema actancial

Dos carruajes, el del conde de Glucksleben y el de la condesa de Blumm, tienen un accidente en una calle estrecha de Flussenstadt, Alemania. El conde salva al señor Burgomaestre del fuego producido por la lámpara de un chico. Entonces, el conde, la condesa y Martine (la niña que acompaña a la condesa) se quedan en casa del Burgomaestre porque los carruajes no pueden circular y no hay obreros en la ciudad para repararlos. Así es como el conde y la condesa se conocen: «Ah! grand Dieu, madame, ne vous aurais-je pas fait de mal? dit le cavalier. — Non, monsieur; mais, vous-même? — Ah! madame, bien au contraire; le hasard ne pouvait pas m'offrir une manière plus agréable de vous être présenté» (Boufflers, 1995: 490).

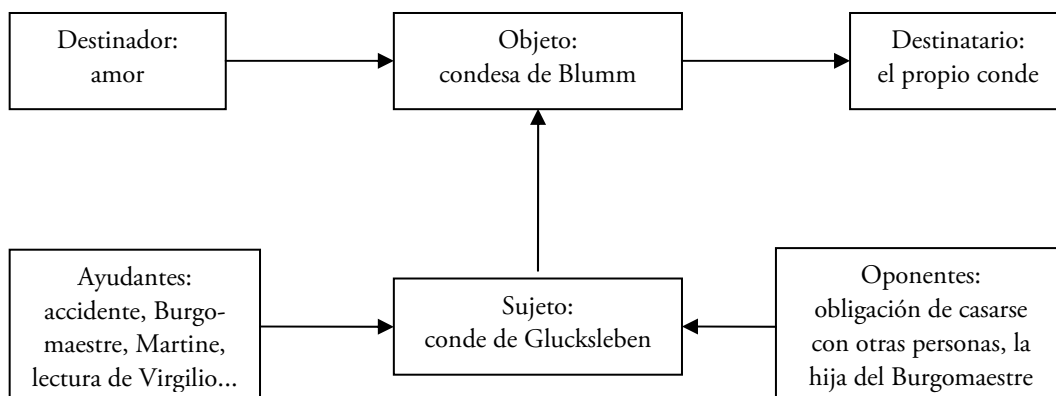
Al día siguiente del accidente, el conde manda traer obreros y éstos comienzan a reparar los carruajes. El Burgomaestre debe partir y deja al conde en su lugar, pasándole todos sus poderes y su dignidad a los ojos de sus subordinados. Martine dice que la condesa necesita a un hombre como el conde. La relación entre el conde y la condesa se hace cada vez más íntima. En un primer momento, ella tiene mucha prisa por marcharse de aquella casa, debe casarse con alguien, pero después, ya no querrá irse, y por ello inventa mil excusas para quedarse con el conde: sobre el peligro de partir si el carruaje no está completamente reparado, sobre el peligro de viajar acatarrada, etc. Tras la lectura de Virgilio, que sirve para mostrar «qu'un homme du grand monde et une très-belle dame peuvent quelquefois être dispensés d'ignorance» (Boufflers, 1995: 515), el conde y la condesa comienzan a mirarse con otros ojos.

Martine coge una carta de la habitación del conde que este había escrito para su padre. Primero Martine y después la condesa leen la carta en la que el conde cuenta a su padre que está enamorado de la mujer que conoció en el accidente, pero que ella debe irse a buscar a su futuro marido, al cual no conoce. La condesa iba a casarse con el hermano de su mejor amiga, que considera como su hermana, porque esta se lo había pedido. El conde y la condesa se van en una calesa para dar un paseo y él le cuenta a ella que también él va a casarse con una desconocida.

M. la Cour, criado del conde, llega a casa del Burgomaestre. El carruaje de la condesa ya está reparado, pero esta dice que no se irá antes que el conde: «Non, monsieur, je vous le répète, je ne partirai point avant vous. — Ni moi avant vous, madame. — C'est dit. Nous verrons qui des deux tiendra le mieux sa parole» (Boufflers, 1995: 547-548). El conde recibe una carta de su padre en la que le dice que no continúe el viaje y que le espere. Durante la noche, mientras que la condesa duerme, el conde se va en una calesa con la hija del Burgomaestre. Al día siguiente, cuando la condesa se entera de la noticia por Martine, se marcha muy celosa en su carruaje. El conde va a su encuentro y le da una carta de su mejor amiga en la que le cuenta que su padre ha muerto y que el hermano de esta, el que iba a casarse con la condesa, no es un buen hombre porque quiere quitarle a su madre y a ella todo el dinero que su padre había dejado a su muerte. Entonces llega el padre del conde y cuenta que su hijo ya no va a casarse con la mujer de la cual el conde había hablado a la condesa, pues se trata de una vieja artificiosa.

Llevan entonces a la condesa, en su propio carruaje, a una casa en la que se encuentran al Burgomaestre, la amiga de la condesa y el padre del conde. El conde ha comprado esta casa para la condesa. Finalmente, el conde entra en la casa decidido a quedarse y a amar a la condesa para siempre: «Oh mon père! oh mon père! disent-ils à la fois, mon père! bénissez-nous!!!» (Boufflers, 1995: 577).

Esquemáticamente:



Siguiendo el sistema de Greimas, tenemos como sujeto, en este relato, al conde de Glucksleben, y como objeto, a la condesa de Blumm. En un primer momento, la relación entre sujeto y objeto es de disyunción, pues a ambos les espera el mismo destino pero por separado. El sujeto se activa después para pasar de la disyunción a la conjunción, convirtiéndose así en sujeto operador, es decir, el conde consigue seducir a la condesa y deciden quedarse el uno junto al otro pues se han enamorado y ya nada les impide estar juntos.

El destinador, que va a provocar la acción del conde, es el amor. Este hace que el conde actúe, que se apresure en todo momento para agradar y cumplir los deseos de la condesa y, finalmente, que compre una casa para la condesa en la que desea vivir junto a ella. En este caso, como en todo relato amoroso, el sujeto y el destinatario se confunden, pues el sujeto desea para sí mismo el objeto de su búsqueda.

Los ayudantes, en esta *nouvelle* de Boufflers, que van a favorecer el estado de conjunción entre el sujeto (el conde) y el objeto (la condesa), son varios: gracias al accidente de sus carruajes, el conde y la condesa deben detener sus respectivos viajes y pueden así conocerse; el Burgomaestre acoge a los dos en su casa, por lo que poco a poco van intimando; a Martine, desde el primer momento, le gusta el aspecto y las maneras del conde, por lo que continuamente intenta convencer a la condesa de lo bueno que sería para ella un hombre como este; en Virgilio, el conde y la condesa descubren un gusto común, y su lectura va a hacer que éstos comiencen a mirarse con otros ojos; la condesa lee una carta que el conde había escrito a su padre en la que dice que está enamorado de ella, descubrimiento que agrada mucho a esta. En cuanto a los oponentes, los obstáculos con los que el conde se va a encontrar para conseguir el amor de la condesa, son, sobre todo, las obligaciones que ambos tienen, pues tanto el conde como la condesa deben casarse con personas desconocidas; pero, finalmente, estas obligaciones desaparecerán de manera justificada, no existiendo así ya ningún impedimento más para poder llevar a cabo la unión de esta pareja. Además, la hija del Burgomaestre también puede considerarse un oponente, pues parece estar interesada por el conde y hace todo lo posible por que el carruaje de la condesa esté reparado pronto y que así esta pueda marcharse cuanto antes; la condesa siente muchos celos de la joven, y cuando se entera de que ha salido en una calesa con el conde, durante la noche, decide marcharse de casa del Burgomaestre con la intención de no volver a ver al conde.

3. Análisis temático: el sueño de la huida social y el sentimiento amoroso fuera de la sociedad.

Los cuentos de Boufflers publicados en la primera década del siglo XIX tienen todos un carácter moral⁷, pues están dedicados a educar a los nobles en la virtud y a reformar sus costumbres corruptas, exponiendo e ilustrando claramente las convicciones conservadoras de Boufflers en los últimos años de su vida. Existe un lazo estrecho entre estos relatos: todos ilustran el deseo íntimo de Boufflers de retirarse de la sociedad que le decepciona, que ya era el tema de su primer y gran éxito, *La Reine de Golconde* (1761). *L'Heureux accident* y *Ah! si...* representan tentativas de recrear, fuera de esta sociedad mundana, una felicidad conyugal solitaria cuyos fundamentos serían el amor y la amistad. Todos los cuentos de Boufflers tienen por tema común el amor, que él considera como la fuente más segura de felicidad, y se propone estudiar sus diferentes formas: *La Reine de Golconde* trata del amor sexual, *La Mode* (1807), del amor conyugal, *L'Heureux accident* (1807), *L'Œuvre de charité* (1808) y *Ah! si...* (1810), de la amistad amorosa, y *Le Derviche* (1810) y *Tamara, ou Le lac des pénitents* (1810), del amor paternal, maternal y filial⁸. El autor muestra su desilusión por la sociedad que frecuentaba y su deseo de encontrar dentro de la familia un refugio donde el individuo pueda disfrutar en paz de la felicidad, del amor y de la amistad compartidos. Boufflers limita su concepto de sociedad a los círculos aristocráticos de la corte y de los salones parisinos. No piensa, como Rousseau, en volver a cuestionar los fundamentos de la sociedad en general ni, como Voltaire, en denunciar las verdaderas fuentes del mal que son la injusticia, la desigualdad y la intolerancia. Para él, lo que arruina la mentalidad de la gente y desnaturaliza toda relación entre los miembros de la sociedad, es la obligación tiránica de ajustar sus ideas, sus gustos y sus maneras de actuar a los imperativos de este fenómeno social incontrolable que es la moda. Esta no solo determina lo que es externo al hombre, como su manera de vivir y de actuar, sino también sus sentimientos interiores, su manera de pensar y de comportarse de cara a sus parientes y amigos.

L'Heureux accident y *Ah! si...* representan la continuación de *La Mode*. En este último, Boufflers demostraba que el amor no puede desarrollarse en la sociedad tal y como es; en *L'Heureux accident* y *Ah! si...*, analiza las posibilidades del desarrollo

⁷ «Il faut entendre l'adjectif "moral" au sens objectif de "qui peint les mœurs" et au sens prescriptif de "qui vise à les réformer". Toute la démarche du conte moral est dans cette double acception: décrire pour instruire, raconter pour édifier» (Aubrit, 1997: 46).

⁸ En sus traducciones, Boufflers también eligió textos que tratan el tema del amor en todo su esplendor: en «Céix et Alcione, traduction d'une des Métamorphoses d'Ovide» (Boufflers, 1827: I, 247-260), aparece la pasión de los esposos; en la «Traduction de l'histoire de Biblis, tirée des Métamorphoses d'Ovide» (Boufflers, 1827: I, 261-269), vemos el amor de la hermana por su hermano; y en la «Traduction de différens morceaux de la tragédie d'Hippolyte de Sénèque» (Boufflers, 1827: I, 270-314), el amor de la madrastra por su hijastro.

del sentimiento amoroso fuera de la sociedad. *L'Heureux accident* y *Ah! si...*, publicados con tres años de diferencia, uno en 1807 y otro en 1810, se parecen en numerosos puntos. La intriga es la misma: el encuentro fortuito de dos personajes, un hombre y una mujer, ambos aristócratas, que deben casarse con otras personas por haber contraído compromisos sociales y que acaban casándose entre ellos por amor; se conocen como consecuencia de un accidente de carruajes que tiene lugar en circunstancias cómicas. En *L'Heureux accident*, en la descripción que el autor hace de la escena, cabe destacar, sin embargo, la violencia de los sonidos y de las imágenes:

Il est frappé d'un bruit qu'il entendait depuis quelque tems sans y faire attention, et qui, écouté de plus près, lui annonce quelque chose de sinistre: ce sont des plaintes, des cris, un piétinement de chevaux, des hennissemens, des craquemens de branches, une voix de femme qui paraît se lamenter et appeler du secours. Il tourne du côté du bruit, et à la seule lueur des étoiles, il voit, dans une ancienne place à charbon, une voiture renversée, des chevaux à moitié dételés, empêtrés dans les traits, embarrassés dans le timon, se heurtant, se mordant, se débattant avec furie (Boufflers, 1995: 266).

También juega con la luz en relación con las emociones de los personajes: «Elle le fixe alors plus attentivement à la lueur de la flamme que le hasard rendait dans ce moment plus vive» (Boufflers, 1995: 267). En el cuento de *Ah! si...*, existe una «sensibilización física [...] anticipada» (Vázquez, 1989-1990: 399), es decir, un beso, y no es un seductor el que la provoca, sino que forma parte del encuentro; así, el conde de Glucksleben aparece ante la condesa de Blumm como un salvador frente a las convenciones sociales (el matrimonio por interés) y no como un seductor despiadado.

Dans cet état de choses, une tête d'homme et une tête de femme, sorties à la fois par l'ouverture des deux glaces voisines, se sont rencontrées, mais par bonheur, un peu moins rudement que les voitures, et de part et d'autre, on en fut à-peu-près quitte pour un baiser auquel on ne s'attendait pas. «Ah! grand Dieu, madame, ne vous aurais-je pas fait de mal? dit le cavalier. — Non, monsieur; mais vous-même? — Ah! madame, bien au contraire; le hasard ne pouvait pas m'offrir une manière plus agréable de vous être présenté» (Boufflers, 1995: 490).

Eugène Asse afirma que el realismo de esta escena es tal que podríamos imaginar al propio Boufflers como protagonista de lo sucedido:

Peut-être faudrait-il aussi compter parmi les aventures joyeuses que Boufflers rencontra dans ses voyages celle par laquelle débute d'une façon si originale et si amusante le conte qu'il a intitulé: *Ah! si...* Il nous semble, en effet, qu'on y trouve, comme

dans *Aline*, un caractère de réalité qui n'appartient qu'à ce qu'on a éprouvé et senti. Ces deux chaises de poste se heurtant, se bousculant sur la grande route, et mettant ainsi brusquement en rapport un jeune homme et une jeune femme, qui en sont quittes pour un baiser imprévu, sinon involontaire, c'est là une aventure dont le cadre convient si bien à Boufflers qu'on ne peut s'empêcher de l'y placer (Asse, 1878: XVIII).

El encuentro, fortuito para establecer una mayor diferencia entre el amor y el interés social, va seguido de un franqueo en el que comienza un proceso de seducción. Los protagonistas de dicha escena se gustan y deciden sacar provecho del tiempo dispuestos por el azar para conocerse mejor. Así, en el cuento de *L'Heureux accident*:

On soupe, on s'arrête, on cause, on se connaît de mieux en mieux, on se plaît de plus en plus; l'une a oublié sa fatigue et se maux nerfs; vous diriez que l'autre, accoutumé à se coucher presque avec le soleil, est corrigé de l'envie de dormir pour le reste de sa vie; on ne se quitte qu'au moment où les bougies sont prêtes à finir; encore s' imagine-t-on que sans doute le vent les a fait brûler plus vite qu'à l'ordinaire; on a tant et tant de choses à se dire quand on ne se connaît point encore, et qu'on s'aime déjà.

Ils sont enfin retirés chacun de leur côté. La chambre de madame de Saint-Victor était au-dessus de celle de M. Lambert, et tous les deux prennent un soin égal de respecter réciproquement leur repos; mais ce repos était lent à venir; et, quoique des deux côtés on gardât le silence, il semblait que la conversation durât toujours, tant les pensées se répondaient entre elles: chacun se disait, la saison de l'amour est bien passée, ah! bien passée. C'est assez triste; mais si quelque chose peut en dédommager, c'est d'être arrivé à cette époque de la vie où le cœur peut sans danger se livrer à ses penchans, et goûter enfin ces nobles délices de l'amitié que l'ardente jeunesse et la froide vieillesse ignorent également; sentiment désintéressé qui ne connaît ni le despotisme ni la jalousie, où chacun, égal à l'autre, n'a que le droit de tout offrir sans celui de rien exiger. Fraternité de cœur! qu'elle serait douce avec madame de Saint-Victor! qu'elle serait douce avec M. Lambert! Quand je dis fraternité, j'ai tort, se disait-elle; quand je dis fraternité, j'ai tort, se disait-il; car il serait mon père, car elle serait ma fille. Mais cette différence-là même, disait chacun, ajoute encore à la sécurité; car enfin s'il n'avait que mon âge, disait madame de Saint-Victor, il pourrait encore être suspect, le monde croit si peu à la sagesse de l'âge mur; car enfin, disait de son côté M. Lam-

bert, si elle était de mon âge elle ne prêterait pas à l'amitié tous les charmes qui lui donnent du moins un faux air de l'amour, et c'est toujours quelque chose. Si je n'avais que son âge, au contraire, je sens que je ne répondrait pas de ma philosophie, et, en dépit de tout ce que notre cœur nous en dit, la philosophie vaudra toujours mieux que l'amour, comme la santé vaut mieux que la fièvre (Boufflers, 1995: 271-272).

Y en *Ab! si...*:

Après la découverte intéressante qui vient d'être faite des deux côtés, qu'un homme du grand monde et une très-belle dame peuvent quelquefois être dispensés d'ignorance, on commence à se regarder avec d'autres yeux; ce n'est pas que ces yeux-là ne fussent déjà suffisamment prévenus; mais toute prévention triomphe quand elle se voit justifiée, et redouble quand elle triomphe. La connaissance devient donc je ne dit pas de jour en jour, mais d'heure en heure plus intime; et quoiqu'on n'en fasse pas tout à fait autant pour l'amour du latin que pour l'amour du grec, chacun remercie en secret Virgile du service qu'il rend à tous les deux (Boufflers, 1995: 515).

Nace así una amistad que se transformó pronto en amor. En *L'Heureux accident*:

Les cœurs se parlaient, les esprits s'entendaient, les volontés s'accordaient. «Que n'ai-je passé ma vie avec cet homme-là, j'aurais eu meilleure opinion du monde entier. — Si j'avais trouvé une madame de Saint-Victor en entrant dans le monde, il me semble que je n'en aurais pas cherché d'autre. — Quoi qu'il en soit, disait-on des deux côtés, l'amitié est une bonne chose, et jusqu'ici je ne la connaissais pas». Heureux tems que celui qui se passe ainsi dans cette première et si douce ivresse d'une liaison que chaque moment doit resserrer! c'est, de part et d'autre, une riante perspective que l'imagination se peint à elle-même *con amore* (Boufflers, 1995: 273).

Nous voilà, dit tout d'un coup madame de Saint-Victor, du moins à ce que j'espère, comme des gens qui ne se quitteront jamais; il faut plus, il faut être comme des gens qui ne se seraient jamais quittés: nous nous convenons, n'est pas? Il est permis de dire, à nos âges, que nous nous aimons et même beaucoup, et ce qu'il y a de singulier, ce que nous ne savons pas encore qui nous aimons (Boufflers, 1995: 275).

Si l'on avait pu lire ce qui se passait dans le cœur ou seulement sur le visage de madame de Saint-Victor pendant la fin du dernier récit de M. Lambert, et si l'on avait en même tems vu tout le plaisir que le bon philosophe prenait à

l'observer, on serait fondé à croire que nos deux amis ne voudront bientôt plus se quitter; et même qu'ils ne pourront plus. L'hiver les surprendra tête à tête, il ne les refroidira pas, et si cela dure, il ramènera pour une femme de quarante ans, et, qui plus est, pour un homme de plus de cinquante, le plus agréable printemps de leur vie (Boufflers, 1995: 294).

Y también lo vemos en el relato de *Ab! si...*:

J'aurais beau essayer de persuader à mes lecteurs que ces aimables gens-là ne s'aiment point, on ne me croirait jamais. Oui, sans doute, ils s'aiment, et jamais ils n'ont été si heureux; jamais peut-être ils ne le seront davantage. Ce n'est pas que chacun ne sente au fond de sa conscience l'embarras d'une promesse donnée, qu'il faudra remplir tôt ou tard; ce n'est pas qu'en promenant leurs pensées dans l'avenir, il ne leur semble voir l'immensité qui va les séparer; ce n'est pas, que soumis comme ils le sont l'un et l'autre aux saintes lois de l'honneur, ils ne se fassent quelques scrupules d'un retard qui de nécessaire est devenu volontaire; mais le scrupule, au rapport même des âmes les plus timorées, devient quelquefois l'assaisonnement des plaisirs. Au fait, cette promesse, n'a-t-on pas la vie entière pour la tenir? Et ce plaisir si imprévu, si aimable, n'est-il pas en même temps bien innocent? (Boufflers, 1995: 549).

C'est des deux côtés un besoin égal, une soif toujours croissante de se voir encore plus à mesure qu'on se voit davantage: et une même terreur à l'idée d'une prochaine séparation. On se couche tous les jours plus tard, on se lève tous les jours plus matin; une minute perdue paraît un diamant tombé dans la mer (Boufflers, 1995: 550).

Una serie de obstáculos parece oponerse a su amor, pero el autor se encarga de cambiar las cosas y así permitir a sus personajes casarse y permanecer juntos para siempre.

El responsable de la edición de 1808 de *L'Heureux accident* insiste en cómo el autor es capaz de sacar tanto de tan poco gracias al atractivo de su estilo:

Le fond de ce conte n'est rien où presque rien. L'auteur en a fait quelque chose, et quelque chose de très-piquant par la vérité de ses portraits, et par la magie de son style [...].

M. de Boufflers a eu l'art de jeter, sur son conte, une légère teinte de comique, sans nuire en rien au sentiment. Sa narration est toujours animée, rapide, entraînant; son style toujours léger et gracieux. Il a toujours de l'esprit sans effort; il en a beaucoup; les critiques sévères diront peut-être qu'il en a trop; mais, s'il faut que tout écrivain ait un défaut, autant vaut

celui-là qu'un autre. On dit que rien n'est si commun que l'esprit; ce n'est sûrement pas celui de M. de Boufflers (Boufflers, 1995: 263-264).

Tanto en *L'Heureux accident* como en *Ab! si...*, los personajes principales forman una pareja de aristócratas (Monsieur de Mérieux y Madame de Saint-Victor, en *L'Heureux accident*; conde de Glucksleben y condesa de Blumm, en *Ab! si...*) cuyas palabras y gestos revelan «cette délicatesse un peu précieuse propre aux gens de qualité» (Vaget, 1976: 162). Cada una de las dos parejas está formada por lo que Boufflers considera como el hombre y la mujer ideales. Los dos hombres, herederos directos de la tradición cortesana, se muestran totalmente al servicio de su dama y únicamente preocupados por satisfacerla. Monsieur Lambert, protagonista masculino de *L'Heureux accident*, anticipa los deseos de su dama preparándole toda una serie de agradables sorpresas. El conde de Glucksleben, protagonista masculino de *Ab! si...*, dirige la reparación de la carroza de la condesa, terminando la tarea en un tiempo récord; y, de la misma manera, para obedecerle también, deshace su obra cuando ella le indica su intención de prolongar su estancia. En la más pura tradición caballeresca, tanto el protagonista de *L'Heureux accident* como el de *Ab! si...*, no tienen como límite a su devoción sino su honor: habiendo comprometido su palabra a la ligera, se consideran «atados» y están dispuestos a sacrificar su felicidad para mantener su palabra. Boufflers sitúa el sentimiento del honor por encima de los otros, incluso si el héroe se encuentra comprometido a su pesar como en el caso del protagonista de *Ab! si...*:

Ce sage, dont vous parlez bien à votre aise, en sa qualité de cadet d'assez bonne maison, a toujours été fort pauvre; mais un homme tout-puissant, un grand ministre, de tout temps ami intime de mon père, s'intéressait beaucoup à moi; il ne prenait pas moins d'intérêt à la veuve d'un premier commis auquel il avait fait faire une immense fortune; cet homme est mort, et sa femme, unique héritière de ses trésors, encore assez jeune, toujours très jolie, à ce qu'on dit, a voulu avoir dans le monde un rang qu'elle avait toujours inutilement désiré: notre patron à tous les deux a vu, d'un côté, une fortune sans nom, de l'autre, un nom sans fortune; il a voulu procurer à chacun ce qui lui manquait; et, muni d'un consentement que ni elle ni moi ne pouvions lui refuser, il nous a réciproquement engagés par un écrit signé de chacun de nous. [...] La fortune pouvait me tenter il y a quelques mois; mais un vieux parent que je ne connaissais que de nom, et qui est mort au moment où je m'y attendais le moins, m'a laissé un superbe héritage qui m'a, de ce côté-là, mis au-dessus du besoin et même du désir; en sorte que tous mes empressements se bornent à celui de tenir ma parole (Boufflers, 1995: 537-538).

Contrastando con este comportamiento ejemplar, en *L'Heureux accident*, Monsieur Lambert explica que, en su juventud, se dejó llevar por la corrupción de la sociedad, y Madame de Saint-Victor nos da así su opinión sobre la galantería:

— Vous ne vous êtes donc vraiment attaché à aucune femme?
 — À moins que vous n'appeliez attachement des liaisons de pure galanterie. — À Dieu ne plaise! mais je vous plains; la galanterie ressemble à l'amour comme le similor à l'or. — Vous n'en direz jamais plus de mal que je n'en pense. — Moi je la regarde comme la guerre aux femmes, et, en vérité, elle est injuste. — Cependant n'est-elle pas souvent provoquée? — Sans doute, mais par qui? Tenez, mon bon M. Lambert, je me trompe peut-être, mais j'aime à croire que tout cela n'était pas fait pour vous; je suis même persuadée que, si dans le cours de vos misérables conquêtes vous aviez trouvé une jeune et assez jolie personne, bien douce, bien vive, bien franche, bien innocente et qui se fût jetée à votre tête, comme font tant de ces pauvres petites créatures qui ignorent que ce n'est point à elles à parler les premières; je suis, dis-je, persuadée que vous auriez été assez galant homme pour n'en point abuser. Vous voyez, ajouta-t-elle en souriant, la différence que je mets entre un galant homme et un homme galant (Boufflers, 1995: 278).

Monsieur Lambert y Madame de Saint-Victor son vecinos, por lo que su encuentro no tiene nada de sorprendente. Este encuentro tiene lugar en un bosque que separa sus residencias. Los protagonistas de la historia son personajes estimables pero no son prodigios de virtud. Monsieur Lambert es un hombre de mérito, pero torpe: «Sa philosophie est de bonne philosophie pratique, et sa gaucherie est pleine de grâce» (Boufflers, 1995: 263), comenta el responsable de la edición de 1808 del cuento. Monsieur Lambert y Madame de Saint-Victor han pasado la época de las grandes pasiones, y se quieren como tortolitos, sin que su edad consiga enturbiar su amor. Parecen quinceañeros enamorados: tienen todo el fervor, la inquietud y la timidez de los adolescentes.

On ne voit pas, dans le conte, l'âge de l'homme et de la femme, on ne voit que l'âge des amans. On les aime; on s'intéresse à leur amour, qui n'est pourtant qu'une réminiscence, comme à l'amour des jeunes gens qui aimeraient pour la première fois, et aimeraient avec toute la vérité, toute la chaleur de la jeunesse (Boufflers, 1995: 264).

En cuanto a las heroínas, son presentadas como prototipo de la mujer ideal. Boufflers alaba, una y otra vez, su belleza, su elegancia y su naturalidad, tanto en *Ah! si...*

Imaginez donc, non pas ce que vous avez jamais vu de plus frappant, mais, ce qui vaut bien mieux, de plus séduisant: un âme visible plutôt qu'une beauté; voilà ce qui m'a saisi au premier coup d'œil et la physionomie m'empêchait en quelque sorte de distinguer la figure; mais cette figure a eu son tour, et quel regard s'arrêterait impunément sur ces beaux cheveux dont le blond argenté contraste si agréablement avec la couleur des sourcils et des paupières, sur ce teint délicat dont la blancheur ressemble à de la candeur, sur ces joues brillantes qu'on croirait toujours colorées par l'innocence!... et vous-même, mon père, si vous pouviez voir un moment ce front uni comme la simplicité, et cette bouche expressive qui a parlé avant de s'ouvrir, et yeux couleur de pensée, d'où il sort plus de rayons qu'ils n'en reçoivent, et ce nez qui, par sa forme, sa finesse, par je ne sais quelle physionomie qui n'appartient qu'à lui, devient comme le point de réunion de tous les charmes du visage, et même jusqu'à ce menton qu'on ne peut s'empêcher de regarder aussi, à part du reste, et où l'on croit voir commencer encore l'ensemble de tous les traits... (Boufflers, 1995: 522-523).

como en *L'Heureux accident*.

Madame de Saint-Victor était au fond aussi bonne que M. Lambert; mais il entraînait plus d'éléments dans sa composition: douce et maligne, à la fois franche et fine, tranquille et vive, solide et légère autant que tout cela peut tenir ensemble, elle joignait ce qui rassure à ce qui inquiète, et ce qui plaît d'abord, à ce qu'on aime toujours. Si on examinait de près ses qualités, on voyait des vertus; si on lui cherchait des défauts, on ne trouvait que des grâces; enfin, sous quelque point de vue qu'on pût l'envisager, il y avait de quoi tourner toutes les têtes d'un Aréopage (Boufflers, 1995: 274).

Las admira de tal manera que no duda en declarar su esencia divina; para Boufflers, este tipo de mujer es superior al hombre pues lo sabe todo sin haber aprendido nada.

— Et qui vous parle d'étude? — Vraiment cela siérait bien à une femme. — Gardez l'étude pour vous, Messieurs, et laissez-nous... — La divination, n'est-ce pas? Les Gaulois le pensaient, et je suis tenté de penser comme eux, surtout depuis quelques tems, que les femmes ont quelque chose de divin (Boufflers, 1995: 298).

Así habla el filósofo de *L'Heureux accident*, con el que Boufflers se identifica en numerosos aspectos. Pero a pesar de todos los esfuerzos de Boufflers para asegurarnos

que estas mujeres tienen todas las cualidades, se deduce de su comportamiento que son criaturas egoístas, altivas, caprichosas y cargadas de prejuicios de su clase.

Madame de Saint-Victor était sans doute une femme charmante, mais elle n'en était que plus femme pour cela; et comme la plus belle rose n'est pas sans épines, la plus aimable femme n'est pas sans caprices; à cela près que ces caprices-là sont des épines volontaires, et qui n'en sont pas moins piquantes (Boufflers, 1995: 296).

Por su parte, la condesa de Blumm manifiesta continuamente su desprecio por el burgomaestre, su benefactor, simplemente porque este hombre, tan valiente como rico, es burgués. No parece que Boufflers haya querido ese contraste entre el comportamiento de su heroína y el retrato que hace de ella; es posible, sin embargo, que haya sido incapaz de concebir una mujer distinta a las que él conocía. Si se establece una comparación entre las heroínas ficticias de estos dos cuentos y la personalidad de Madame de Sabran⁹ tal y como se desprende de su correspondencia, parece haber muchos puntos en común. La compañera de Boufflers, que tenía una personalidad, una inteligencia y un encanto excepcionales, era también una mujer llena de prejuicios de su clase y muy parecida en esto a la condesa de Blumm. Este culto ciego de Boufflers por la mujer corresponde a su deseo de encontrar en ella a la consoladora y a la compañera ideal. Las heroínas de sus cuentos: Aline, Hortense, Madame de Saint-Victor y la condesa de Blumm, ofrecen a su amante o marido un amor sincero fundado en la amistad y comparten el retiro en donde este, hastiado de la vida mundana, quiere terminar sus días. Esto aparece, por otro lado, como un leitmotiv en la obra de Boufflers, no solo en sus cuentos, sino también en su poesía, sus obras teóricas y su correspondencia.

En *L'Heureux accident*, Monsieur de Mérieux, caballero adinerado y generoso, se encuentra de repente despojado de sus bienes y detestado por las personas a las que él había ayudado.

La reconnaissance dure autant que l'intérêt, et ne lui survit pas toujours. J'éprouvai mille chicanes absurdes de la part de ceux à qui j'avais fait le plus de bien; l'argent que j'avais répandu servit surtout à plaider contre moi; les querelles que j'avais apai-

⁹ En 1777, Boufflers conoció a Éléonore de Sabran, viuda de un oficial de marina que murió de apoplejía en la coronación de Luis XVI, dejándola sola con dos hijos. Era una mujer inteligente, hábil y espiritual. Se estableció entre ellos un amor sólido y, en 1797, se casaron tras una relación de veinte años. «Commencée sous le couvert rassurant d'une "amitié fraternelle", cette liaison eut le sort commun à toutes les idylles et, au bout de quelques mois, Boufflers pouvait se dire le plus heureux des hommes. Du reste ce n'était, ni d'un côté ni de l'autre, un simple caprice, une "passade", comme l'on disait si élégamment alors; tous deux s'adoraient et leur intimité, qui devait durer toute leur vie, se termina quelque vingt ans plus tard par un bon mariage» (Maugras y Croze-Lemerrier, 1912: 7).

sées, les différens que j'avais accordés, les procès que j'avais prévenus, finirent par indigner une foule de gens dont les campagnes étaient alors semées, qu'on est convenu d'appeler gens de justice, mais qu'on devrait appeler agens de discorde, qui ne vivent que du produit de la haine et de la mauvaise foi, et qui savent d'ordinaire bien faire fleurir une aussi belle branche de commerce (Boufflers, 1995: 282).

Acusado de dar limosna por vanidad e interés, es expulsado de sus tierras y de su propio país. Con una profunda decepción, decide exiliarse.

Voyant donc [...] que je n'étais entouré que de mécontents, de jaloux, d'ingrats, de traîtres, je pris tout en dégoût, et ne pouvant vivre avec les gens que je connaissais, j'allai chercher des inconnus. Ç'avait été d'abord la fantaisie de mon enfance, ensuite le désir de ma jeunesse, et ce fut la ressource de mon âge mûr (Boufflers, 1995: 283-284).

Tras su regreso, abandonará todo, incluso su nombre, se hará llamar Monsieur Lambert y vivirá en la soledad dedicándose al estudio de la filosofía y las letras. Es entonces cuando conoce a la compañera ideal con la que entabla una amistad muy sólida. Esta amistad se transforma pronto en amor, después de haber atravesado un periodo de indecisión, de temor, de indiferencia incluso, y después de haber superado numerosos obstáculos. El héroe encuentra finalmente la felicidad gracias a esta mujer que, además de su amistad y de su afecto, consigue que su amado recupere el nombre y la fortuna que había perdido, atributos sin los cuales no podría recuperar la completa felicidad. Encontramos, en esta historia, claras referencias a la condición de Boufflers: aristócrata expulsado de su hogar, despojado de su nombre y de sus bienes por todos los representantes de la sociedad: los pobres, los ricos, los jueces e incluso sus iguales; obligado a exiliarse y, a su regreso, forzado a llevar la vida retirada del filósofo de la historia.

Todos los cuentos de Boufflers alaban los méritos del amor fundado no sobre la pasión sino sobre la amistad, que él llama la «fraternité du cœur» (Boufflers, 1995: 272). Así, acuerda a las mujeres el mismo grado de estima que a los hombres, ya que las reconoce capaces de compartir los mismos pasatiempos y las mismas actividades intelectuales, que son los elementos sobre los cuales se sostiene la amistad.

— Voilà, dit-il en voyant beaucoup de livres et les meilleurs en tous genres, qui n'a pas l'air d'appartenir à une femme. — Apparemment que vous ne m'en jugez pas digne. — À Dieu ne plaise que je vous refuse, et tout l'esprit qui est ici, et tout celui qui n'y est pas! Mais il n'en est pas moins vrai qu'une personne qui fait les délices de la société, fait rarement les siennes de l'étude (Boufflers, 1995: 298).

— Mais au moins peut-on dire, sans trop de flatterie, que vous aimez la lecture? — Oui, mais qu'est-ce que cela prouve? Que je vis à la campagne et que je crains de m'ennuyer. — Et quels sont les livres que vous lisez de préférence? — Celui que je rencontre; il n'y a guère des livres où il n'y ait quelque chose, et il y a tant d'esprit où il n'y a rien! — Cependant on a toujours quelque prédilection pour un genre. — Je serais bien embarrassée de vous dire la mienne. Je lis comme un Anglais boit, comme un Turc fume, pour n'être pas sans rien faire (Boufflers, 1995: 298-299).

Cada pareja debe, en efecto, bastarse a sí misma y encontrar en la conversación, la lectura o la traducción en común de obras maestras del pasado, los materiales para su felicidad cotidiana.

Et la douceur de la vie qu'on mène ici, la liberté qui y règne, le bonheur qu'on y respire, ces conversations toujours plus amusantes, toujours plus intéressantes à mesure que vous vous y prêtez davantage; cet esprit souple et facile qui monte ou descend à tous les genres, à tous les tons, à toutes les mesures; cette aménité dont le mot semble fait exprès pour vous, qui attire à vous tout ce qui vous connaît, qui vous attache tout ce qui vous entoure (Boufflers, 1995: 300).

En *Ab! si...*, los dos héroes disfrutaban con la lectura de Virgilio, al igual que, en *L'Heureux accident*, sus protagonistas hacen lo mismo con la de Montaigne, «le meilleur ami de tous ses lecteurs, qui nous montre à tous que l'esprit est le miroir de l'esprit, miroir magique et cependant vrai, où qui se contemple est sûr de s'embellir» (Boufflers, 1995: 265). El propio Boufflers es autor de dos textos filosóficos: *Discours sur la vertu* (1800) y *Le Libre arbitre* (1808). Tanto en uno como en otro cuento, el hombre se ve seducido por la dama, inteligente, culta, delicada, sensible a las bellezas de la naturaleza, completamente diferente, en suma, de las mujeres en sociedad:

— À propos de ce compagnon de voyage, dit-elle en montrant le Virgile, dont vous croyez que je ne pourrais tirer aucun parti.
— Ah! Madame, pardonnez si, au premier coup-d'œil, je vous avais pris pour une femme. — Qu'entendez-vous par-là, s'il vous plaît? — Oui, pour une personne charmante, mais auprès de qui mon ami perdrait son latin (Boufflers, 1995: 512-513).

Por otro lado, la correspondencia de Boufflers con Madame de Sabran nos revela que los dos amantes se dedicaban precisamente a este tipo de ejercicio cuando estaban juntos. Hacían traducciones latinas:

J'ai entendu votre latin sans beaucoup de peine. Vous m'êtes l'auteur le plus familier et que j'aime le mieux à lire. J'admire

vosre complaisance et vous en remercie; pour peu que vous continuiez vos soins, vous ferez de moi une grande latiniste. Mandez-moi si vous avez Ovide, afin que je n'aie pas la peine de vous copier le latin pour vous faire entendre ma traduction de Pythagore. [...] Voici la suite de la traduction de Lucain (Boufflers, 1875: 8).

J'avais commencé de traduire en vers le morceau de Manilius que vous m'avez envoyé; mais la visite de la comtesse Auguste me l'a fait abandonner. Nous le reprendrons ensemble (Boufflers, 1875: 10).

Votre latin me fait perdre le mien; il m'est impossible d'y rien entendre. Je comprends bien tous les mots, mais la finesse du sens m'échappe. Je vous attendrai pour m'en donner l'intelligence (Boufflers, 1875: 11).

Votre dernière lettre est un chapitre d'humeur; ma pauvre traduction s'en est ressentie; vous la censurez avec une rigueur qui déconcerte ma faible muse; aussi, je n'ose pas risquer aujourd'hui de vous envoyer celle de Claudien sur la vieillesse (Boufflers, 1875: 15).

Je n'ai pas encore pu m'occuper des malheurs d'Antigone; je vous en enverrai la traduction la première fois. Pourquoi ne voulez-vous donc pas traduire le *Palais de Stace*? Cela vous coûte si peu, et me ferait tant plaisir, que vous ne devriez pas tant vous faire prier (Boufflers, 1875: 19).

Se interesaban por los problemas científicos:

Je voudrais bien savoir pourquoi il pleut à Brest, quand nous avons l'été à Paris. Voilà dix ou douze jours qu'il fait des chaleurs incroyables, et fort extraordinaires pour la saison. Vous avez beau dire, j'ai parfaitement trouvé la cause de votre phénomène, et M. de Lalande n'aurait pas mieux deviné. Si je voulais, je vous définirais bien aussi le principe et l'effet de votre petit pot. J'ai fait trois cours de physique dans ma vie, dont je ne me vante pas, et où j'ai appris beaucoup de choses. Vous savez sans doute comme moi que les couleurs sont dans le soleil, que sans lui votre petit pot serait tout noir, que cette lumière émanée de lui va frapper les parois du vase et le colore suivant la texture. Elle est renvoyée aussitôt à égale distance (car l'angle de réflexion est égal à l'angle d'incidence), de même qu'une balle que vous jetteriez sur la terre ou sur un marbre vous serait renvoyée aussitôt par son impulsion. Ce rayon enfin ayant coloré en couleur de chair, il s'ensuit que la crème, qui par sa na-

ture réfléchit les objets, reflétera la même couleur, et c'est ce qui fait que la crème et le pot sont couleur de chair (Boufflers, 1875: 5).

Comentaban la actualidad del momento:

J'ai voulu être une des premières à faire mon compliment à la Reine sur son nouvel état. [...] La grossesse de la Reine paraît toujours certaine, et sa santé est toujours très-bonne. Il vaut mieux nous occuper d'un dauphin que de la guerre; aussi n'en parle-t-on plus du tout. Au contraire même, il y a depuis deux jours des paris énormes pour la paix. Moi qui suis un grand politique, je vois cela avec peine, car je suis bien persuadée que si nous ne battons pas les Anglais dans ce moment-ci, qui est si favorable pour nous, ils ne manqueront pas de nous battre quand ils en trouveront l'occasion (Boufflers, 1875: 4).

Pour changer de conversation, je vous dirai que M. le duc de Chartres est parti. Vous le savez peut-être à présent aussi bien que moi, car il doit être arrivé à Brest. On ne sait point les motifs de son voyage. La cour et les ministres sont d'une discrétion extrême; ils ont bien raison; ce n'est qu'avec du secret qu'on fait de grandes choses, et sûrement le résultat en sera brillant (Boufflers, 1875: 7).

À propos de fête, le grand prince de Bariatinski a eu la volonté d'en donner une, il y a deux jours, qui a eu un faible succès. L'Impératrice lui avait ordonné expressément de nous donner la plus belle fête qu'on ait encore vue pour la naissance de son petit-fils, et vous n'avez pas l'idée de ce que c'était (Boufflers, 1875: 7).

Y les gustaba describir y criticar los cuadros pues los dos eran pintores:

Pour vous assurer sur le tableau de M. de Rochefort, je m'en vais vous en faire le dessin; vous en jugerez. L'idée est absolument la même, je n'ai changé que la disposition, qui me paraît beaucoup mieux (Boufflers, 1875: 6).

À propos, je ne vous ai pas encore parlé du portrait de la comtesse Auguste, que j'ai fait pendant son séjour ici; c'est un petit chef-d'œuvre. Il est d'une ressemblance parfaite. Elle est en pied, une table à côté d'elle, avec des livres et des papiers. C'est un tableau charmant; je me fais un plaisir de vous le montrer (Boufflers, 1875: 14).

Esta identidad de corazón e inteligencia, muy superior a la pasión amorosa, implica la igualdad de los dos amantes sobre el plano social e intelectual: «presque

également initiés à toutes les connaissances agréables, pas un sujet ne leur était étranger, pas un mot n'était indifférent; on aime tant à lire ou à écrire sa pensée dans l'esprit d'un ami!» (Boufflers, 1995: 274).

Pero la amistad exige también, para poder desarrollarse plenamente, estar protegida de los daños de la vida en sociedad. Por ello, Boufflers recomienda el retiro al campo donde el sentimiento puede entonces expandirse en armonía con la belleza de la naturaleza:

Le bonheur appartient à ceux qui ont inventé un milieu entre la *solitude* et la *sociabilité*, sachant se tenir par rapport au monde à la bonne distance. Il exige surtout qu'on ait résolu le difficile problème de l'unité intérieure et de la liberté, en instituant une vivante dialectique entre le *divertissement* et la *passion*. Ces consciences saines et comblées, on ne les trouve ni dans les lugubres caveaux où se réfugient les misanthropes délirants, ni dans les salons où l'être se dissout en fumée. Ce sont des gens du monde, mais qui vivent hors du monde. Ils nous révèlent l'une des formes les plus nobles de l'art de vivre de ce temps: *la sagesse des châteaux* (Mauzi, 1967: 35-36).

Por naturaleza, entiende no la naturaleza descuidada y salvaje sino los jardines, los huertos o los parques que rodean normalmente los *châteaux* de provincias:

Les voilà dans la calèche, et en moins d'un quart d'heure ils arrivent à la lisière d'un bois, dont la sombre majesté les frappe et les arrête au premier pas. Jamais encore ce reste auguste des antiques forêts des Druides n'a connu les outrages ni du temps ni des hommes; et sa vigueur que les siècles paraissent accroître, promet à vingt générations encore, l'ombrage qu'il a déjà donné à vingt générations disparues comme ses premières feuilles. [...] Après avoir parcouru lentement ce bois jadis religieux, pénétrés tous les deux de ce respect inné dans l'homme pour tout ce que le temps a respecté, ils trouvent des jardins variés, des bosquets, des vergers, des potagers, des parterres, établis par terrasses sur la pente d'une riante colline exposée aux plus doux rayons du matin, entre une foule d'arbres rares et de jolis arbustes dont chacun retarde encore leur marche. Enfin on découvre les balustres de la plate-forme d'un château bâti à mi-côte sur un terrain aplani, mais irrégulier dans ses contours, et où l'art a toujours conservé quelque respect pour la nature. Ils y arrivent par des chemins tournant, entre des haies fleuries, et ne voient d'abord rien de magnifique; mais ils jugent bientôt que c'est pour que tout soit agréable; car le goût et le faste sont malheureusement presque toujours ennemis. L'architecture de l'édifice ne se montre qu'à moitié au milieu des roses, des lilas,

des jasmins qui l'entourent, mais qui en cachant une partie de son élégance, ne laissent pas de lui en prêter. Une infinité de sources, plus vives, plus pures les unes que les autres, viennent par différentes cascades se réunir dans un joli étang qui baigne les murs du château, et continuent ensuite leur route vers une belle prairie, où elles se divisent en mille rigoles, tracées de cette main invisible, qui vaut celle de tous les maîtres. Les regards se promènent au loin sur cette vaste étendue, entre des groupes d'arbres qui en varient l'aspect, et de nombreux troupeaux qui lui prêtent le mouvement et la vie, jusqu'à une chaîne de cotteaux éloignés où des bois, des vignes, des clochers, des ha-meaux, des châteaux, disposés, assortis pour ainsi dire à la fantaisie de l'œil, ne lui laissent rien à désirer.

La comtesse, émue comme toutes les belles âmes, à l'aspect des touchantes beautés de la campagne, qui offrent en effet tant de poésie et tant de philosophie à qui sait les comprendre, demeure quelques momens comme ravie en extase; puis se laissant aller à son admiration, «Convenez, dit-elle au comte, que tous les jardins anglais font pitié, quand on a vu celui-là; c'est la nature, c'est le génie inconnu des choses qui a pris soin de l'arranger, ou plutôt qui l'a laissé s'arranger de soi-même: les hommes à côté d'elles sont des enfants qui gâtent tout. Leur main est à la fois faible et grossière. Celle de la nature est la puissance et la délicatesse même [...]».

Tout cela se disait en calèche pendant une promenade charmante dans un superbe parc attendant aux jardins du château; partout c'était la nature, mais la nature dans son plus beau moment et dans toute son action, même sur les âmes qu'elle épanouit comme les fleurs; tous les deux s'abandonnaient sans crainte à son empire; cette bonne nature est un tiers si discret, si favorable, si encourageant! (Boufflers, 1995: 534-540).

El desierto del final de *La Reine de Golconde* tiene un valor puramente simbólico y no indica un deseo de vuelta a la naturaleza primitiva por parte de Boufflers; las residencias campestres de los otros cuentos representan su verdadero sueño, ya sea el bonito *château* en Auvernia de *La Mode*, la residencia de Tourneval de *L'Heureux accident* o el magnífico *château* escondido en el seno de la naturaleza de *Ah! si...* En efecto, Boufflers no es misántropo sino en la medida en que quiere evitar a la gente de la corte y de los salones parisinos, y su sueño de retiro en el campo consiste en imaginar una casa cómoda, rodeada de bonitos jardines en los que recibiría a muchos amigos. Monsieur Lambert, el hombre de mundo convertido en filósofo, que es, de todos

los personajes de Boufflers, aquel con el que más se identifica el autor, describe de esta manera el retiro de sus sueños:

J'aimais, dans ma route, à me représenter à moi-même mon plan réalisé, mon château achevé, meublé, habité, et moi faisant de mon mieux les honneurs de ma maison, à une foule de voisins et d'étrangers qui devaient trouver chez moi bonne réception, bon logement, bonne chère, bons vins, liberté entière, chasse à courre, chasse à tirer, beaucoup de chiens, beaucoup de chevaux; je voulais joindre à cela toutes sortes d'amusements pour les dames, des fêtes, des concerts, des bals, des comédies, enfin tout ce que pouvait attirer la meilleure compagnie à dix lieues à la ronde (Boufflers, 1995: 284-285).

Y así describiré «cet aimable favoris des muses» (Boufflers, 1995: 263), la naturaleza vista a través de la heroína de *L'Heureux accident*:

Au bout de quelques pas, elle voit une route élaguée, aplanie et même sablée, décrivant dans l'épaisseur des bois les plus agréables contours. À mesure qu'on avance, le chemin s'embellit, et l'on arrive à une place où les lilas, les seringas, les chèvrefeuilles, les aubépines en fleurs bordaient un gazon qui semblait avoir été levé dans les vallons de Tempé¹⁰. Au milieu s'élève un autel rustique entouré de rosiers, de jasmins et de guirlandes de lierre (Boufflers, 1995: 295-296).

La Revolución y el exilio no habían modificado los deseos de aristócrata de Boufflers, quien siempre había soñado en poseer un *château* similar a aquellos en los que había sido recibido en su juventud, ya fuera las residencias del rey Stanislas Leszczyński, el Chanteloup de Choiseul o el *château* de Bel-Ceil del príncipe de Ligne, en el que él hubiera sido el señor de una pequeña corte: «enfin, je rêvais la vie heureuse d'un homme riche et tranquille dans la plus belle possession de la province» (Boufflers, 1995: 285). Su correspondencia nos confirma además la constancia de su deseo. Siempre se esforzó, en la medida de lo posible, en realizar este sueño: «Certains poètes ne se contentent pas d'évoquer les bergers. Ils veulent devenir bergers eux-mêmes» (Mauzi, 1967: 377). En 1776, hizo reparar La Malgrange, *château* que el rey Stanislas había regalado a su madre; alquiló una parte al príncipe de Bauffremont (Maugras, 1907: 272) e hizo cultivar los jardines y las tierras, pero tuvo que renunciar a ello por falta de dinero. En 1791, compró, antes de exiliarse, una propiedad en los Vosgos, «la plus belle maison» del pueblo de Celles (Croze, 1894: 295), pero no pudo disfrutar

¹⁰ Valle fértil de Grecia atravesado por el río Peneo. El lugar fue consagrado a Apolo y es celebrado a menudo por los poetas, como Virgilio. También es el nombre que Panpan, el amigo de la marquesa de Boufflers, madre del caballero, había dado a su pequeña casa en los alrededores de Lunéville.

de ella porque fue confiscada como bien de emigrado. En 1797, se instaló en Polonia en tierras donadas por el rey de Prusia, construyó una casa con intención de quedarse, él y su mujer, pero los deberes y el mal del país lo sacaron de allí. Finalmente, a su regreso a Francia en 1800, compró una pequeña propiedad en Saint-Léger, en los alrededores de París, en donde pasaba el verano y se entretenía cuidando de su jardín y viviendo de su pluma. Por muy modesta que fuera, esta última residencia no representó menos la realización de su sueño de retiro ya que esta le pertenecía, estaba situada en el campo y en ella vivía junto a su compañera. Lydia Vázquez (1989-1990: 402) resume así el sueño del caballero: «Boufflers intentó la huida social a lo largo de toda su vida [...] y acabó refugiándose definitivamente en el retiro de la creación literaria».

El ocio y el retiro, el estudio, la felicidad doméstica y la amistad son temas recurrentes en el siglo XVIII que se organizan en torno a un decorado casi inmutable: la naturaleza. Esta tiene dos caras: naturaleza espontánea en estado bruto, idealizada sin embargo por la presencia de un ser casi mítico, el campesino; y naturaleza transformada por el arte: los jardines. El ocio no se concibe sin estudio; recuperado de la moral antigua, el ocio laborioso aparece como el contrario de la frivolidad y el aburrimiento; es el antídoto necesario en toda vida mundana. El estudio no es solo la justificación del retiro, sino que supone también un refugio en el seno de la vida mundana, que transforma en una forma de vida. La felicidad doméstica es un estado de esplendor y de calma que conduce a la plenitud verdadera; la familia aparece así como uno de los elementos más acertados para conseguir la paz y la tranquilidad. Para Rousseau, la familia representa la única forma social de este acercamiento a uno mismo, que es la esencia de la felicidad. Los sentimientos familiares tienen sobre todos los demás una doble ventaja: son más duraderos, pues solo la muerte puede acabar con ellos, y más puros, ya que dependen de la naturaleza. Por ello, el hombre debe buscar la felicidad en la familia, no en la violencia de las pasiones.

La felicidad familiar no depende únicamente de la calidad de los sentimientos, sino que tiene cierta estructura. Se trata de una felicidad de grupo, un estado intermedio entre la sociabilidad de los espacios mundanos, donde se corre el riesgo de perderse, y la soledad, insoportable a todo ser sensible. El medio familiar aparece así como una sociedad restringida, un pequeño mundo perfecto, donde se puede disfrutar de la felicidad de estar con los otros sin exponerse a los peligros de la alienación. En el interior del grupo se establecen relaciones de naturaleza diferente: «Le bonheur domestique suppose une *polyvalence du cœur*, dont il remplit et épuise les besoins, grâce aux divers liens –conjugal, paternel, maternel, filial, fraternel– qui tissent la trame de l'univers familial» (Mauzi, 1967: 358). Este tema del grupo familiar, tan habitual en Rousseau, aparecía ya en las novelas de Prévost. En ambos casos, la felicidad doméstica tiene como función superar el amor pasional, incluirlo en un contexto humano más amplio, armonizarlo con otros sentimientos que lo completan o rebajan

los excesos posibles. Así, el amor conyugal requerirá amistad. El tema de la felicidad a través de la amistad invade la literatura: otorga a algunas correspondencias un fuerte acento de humanidad, proporciona a la poesía lírica agitaciones más originales que los estremecimientos eróticos tradicionales, favorece la renovación de algunas intrigas novelescas y es uno de los temas favoritos de los moralistas que se interrogan sobre la naturaleza de los sentimientos.

Podemos intentar buscar, en sus experiencias personales durante la Revolución y la emigración, las razones por las que Boufflers da tanta importancia al amor y a la armonía en el hogar. Se encontró separado de los que consideraba como los suyos; durante la Revolución, fue alejado de Madame de Sabran, que había huido con su hijo, y, una vez que se reencontraron, los tres fueron devorados por la inquietud sobre la suerte que correría Delphine, la hija mayor que se había quedado en París. Pero esta obsesión no tiene únicamente su fuente en las experiencias personales, sino que se explica también por una ideología política. Boufflers muestra su intención de aportar una solución a los problemas sociales de su época: los cuentos de Boufflers publicados en la primera década del siglo XIX se presentan como una reacción contra la Revolución y una tentativa de explicar sus causas. Aristócrata y conservador, Boufflers no podía concebir ni aceptar las verdaderas causas de la Revolución que eran la tensión y la lucha entre las clases. Para él no había sino un solo modo de explicar lo que había pasado, y esta interpretación debía ser moral: la encontró en el cuarto mandamiento del Dios de los cristianos: «Honrarás a tu padre y a tu madre». Así, afirmando que relaciones familiares verdaderas y sinceras caracterizadas por un amor mutuo son los fundamentos de una sociedad feliz, concluyó que lo que provocó la Revolución fue la corrupción de la familia cristiana y se esforzó en probar que esto se extendía a la sociedad. Creía que la verdadera causa de la Revolución había sido el estado de decadencia en el que se encontraba la sociedad aristocrática, siendo esta decadencia el resultado de la ligereza con la que se consideraba el matrimonio que no estaba basado en el amor y la moral sino en el interés.

Frente a la corrupción de la familia y de la sociedad, Boufflers reacciona presentando un mundo utópico en el que reina una armonía perfecta entre padres, hijos y amigos. En *Ab! si...*, el conde de Glucksleben mostrará un amor incondicional hacia su padre:

Ma lettre de dimanche dernier vous a instruit, mon bon père, assez en détail de mon accident, de ma rencontre avec cette aimable voyageuse, de nos embarras communs, de sa désolation, du petit épisode comique de ce bon bourgmestre, etc. [...] mais il faut que j'ouvre ici mon âme à mon père, au tendre confident de mes plus secrètes pensées (Boufflers, 1995: 522).

Madame, permettez-vous que j'aie l'honneur de vous présenter le meilleur des pères? (Boufflers, 1995: 568).

Y de la misma manera, la condesa de Blumm no ocultará el cariño que pronto coge por el padre de su amado:

Monsieur, vous savez le désir que j'avais de lui être présentée, et le bonheur que j'attachais à le connaître (Boufflers, 1995: 568).

Le comte veut lui baiser respectueusement la main. «Non, permettez, lui dit-elle, en l'embrassant et en l'inondant de ses larmes, que j'use un moment des droits d'une fille avec le père que j'aurais tant désiré» (Boufflers, 1995: 571).

À l'instant une porte s'ouvre, un homme s'avance, offrant la main à la comtesse; c'est le vieux comte à qui elle croyait avoir fait d'éternels adieux: rien ne la retient, elle vole à lui, et se jette dans ses bras. «Ah mon père! s'écria-t-elle, mon père!» (Boufflers, 1995: 574).

El amor ideal que Boufflers recomienda, que implica devoción y amistad, no se puede desarrollar sino lejos de las reglas y de las costumbres de la alta sociedad, en la calma de la naturaleza. En este mundo ideal, el conflicto tradicional entre el amor-afecto y la autoridad paterna no puede tener lugar pues el padre, modelo de sabiduría, reconoce siempre a tiempo su error. De esta manera, en *Ah! si...*, Boufflers evoca la posibilidad de un conflicto entre el amor filial y el amor sexual pues el héroe, el conde de Glucksleben, ha comprometido su palabra bajo la orden de su padre; pero este último, sabio y bueno, se da cuenta de su error a tiempo y libera a su hijo de su promesa para ahorrarle pena y desgracia. Esta magnanimidad del padre de familia estaba igualmente ilustrada en *Le Derviche*: este, furioso de la desobediencia de su hijo lo echa de su casa, pero lamenta enseguida su gesto y pasa el resto de su vida expiando esta maldición paterna, fuente de todo mal. El principio de la autoridad paterna fundado sobre la virtud se convierte pues en el pilar de la sociedad, y el rey, establecido en sus funciones según los mismos principios, se convierte en el jefe indiscutible de la nación. Representa entonces la estabilidad y la continuidad que son, para un conservador como Boufflers, los únicos medios de asegurar la paz, el progreso y la felicidad de los pueblos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ASSE, Eugène (1878): «Notice sur le Chevalier de Boufflers», in Boufflers, *Contes de Boufflers*. París, Librairie des Bibliophiles, I-XXX.
- AUBRIT, Jean-Pierre (1997): *Le conte et la nouvelle*. París, Armand Colin/Masson.

- BOUFFLERS, Stanislas (1827): *Œuvres complètes de Boufflers, de l'Académie française. Nouvelle édition, augmentée d'un grand nombre de pièces non recueillies*. Precedidas de una reseña sobre Boufflers por Jules-Antoine Taschereau. París, Furne.
- BOUFFLERS, Stanislas (1875): *Correspondance inédite de la comtesse de Sabran et du chevalier de Boufflers: 1778-1788*. Publicada por E. de Magnieu y Henri Prat. París, Plon.
- BOUFFLERS, Stanislas (1995): *Contes*. Introducción y notas de Alex Sokalski. París, Société des Textes Français Modernes.
- CROZE, Pierre de (1894): *Le Chevalier de Boufflers et la comtesse de Sabran, 1788-1792*. París, Calmann-Lévy.
- HATIN, Eugène (1967): *Histoire politique et littéraire de la presse en France, avec une introduction historique sur les origines du journal et la bibliographie générale des journaux depuis leur origine*. Ginebra, Slatkine Reprints.
- MAUGRAS, Gaston (1907): *La Marquise de Boufflers et son fils le chevalier de Boufflers*. París, Plon.
- MAUGRAS, Gaston y Pierre de CROZE-LEMERCIER (1912): *Delphine de Sabran, marquise de Custine*. París, Plon.
- MAUZI, Robert (1967): *L'Idée du bonheur dans la littérature et la pensée françaises au XVIII^e siècle*. París, Armand Colin.
- REY, Pierre-Louis (1993): *La littérature française du XIX^e siècle*. París, Armand Colin.
- SOKALSKI, Alex (1995): «Introduction», in Boufflers, *Contes*. París, Société des Textes Français Modernes, 53-112.
- UZANNE, Octave (1878): «Notice sur la vie et les œuvres de Boufflers», in Boufflers, *Contes du Chevalier de Boufflers*. París, A. Quantin, I-LXXIV.
- VAGET GRANGEAT, Nicole (1976): *Le chevalier de Boufflers et son temps: étude d'un échec*. París, Nizet.
- VÁZQUEZ JIMÉNEZ, Lydia (1989-1990): «Stanislas de Boufflers: elitismo libertino y revolución». *Revista de Filología*, 8-9, 391-404.